
POST-DESARROLLO: MÁS ALLÁ DE LA CRÍTICA¹

ARAM ZIAI*

PALABRAS CLAVE

Teoría del post-desarrollo; discursos del desarrollo; críticas; post-estructuralismo; eurocentrismo.

RESUMEN

Durante la década pasada, el pensamiento sobre el post-desarrollo ha provocado un agitado, incluso un fiero debate en los estudios sobre desarrollo. Independientemente del éxito último de su proyecto, lo cierto es que sus proponentes se las han arreglado para convencer a mucha gente de que en efecto aquí estamos tratando con un “monstruo” y no con un simple concepto, o con un aparato técnico capaz de hacer del mundo un lugar mejor. En este trabajo, además de presentar de manera muy sumaria los argumentos claves del post-desarrollo, se propone revisar las críticas más importantes que ha despertado, centrándose especialmente en aquellos puntos que no son fáciles de refutar, y que incluso los más radicales defensores del post-desarrollo parecen, silenciosamente, aceptar.

ABSTRACT

During the last decade, the post-development thought has cause a very agitated, even fierce debate in the development studies. Regardless the success of it's last project, the truth is that it's defenders have tried to convince everyone that we are working with a “monster” and not with a simple concept, or with a technique that is able

¹ Nota: traducción del inglés de Noé Cornago.

* Profesor de Estudios de Desarrollo de la Universidad de Kassel.

to make the world a better place. In this essay, we are presenting a brief summary of the key arguments of the post-development approach, we try to revise the more important reviews that it has generated, focusing in these points that are not easy to refute, the ones that the most radical defenders of the post-development approach seem, silently, to accept.

RÉSUMÉ

La décennie passée, la pensée sur le post-développement a provoqué un débat agité, voir même acharné, dans les études sur le développement. Indépendamment du succès de son projet, il est certain que ses proposants ont réussi à convaincre beaucoup de gens du fait que, en effet, nous traitons ici avec un “monstre” et non avec un simple concept, ou avec un appareil technique capable de faire du monde un endroit meilleur. Dans ce travail, en plus de présenter de manière très sommaire les arguments clé du post-développement, l’auteur se propose de réviser les critiques plus importantes que celui-ci a reçues, et principalement les points plus difficiles à réfuter, que même les défenseurs plus radicaux du post-développement paraissent, silencieusement, accepter.

“El proyecto post-estructuralista era... acabar para siempre con el monstruo del desarrollo” (Escobar, 2000: 13)

Durante la década pasada, el pensamiento sobre el post-desarrollo ha provocado un agitado debate en los estudios sobre desarrollo. Independientemente del éxito último de su proyecto, lo cierto es que sus proponentes se las han arreglado para convencer a mucha gente de que en efecto aquí estamos tratando con un “monstruo” y no con un simple concepto, o con un aparato técnico capaz de hacer del mundo un lugar mejor. En este trabajo, además de presentar de manera muy sumaria las hipótesis fundamentales de este enfoque teórico, nos proponemos revisar las críticas más importantes que ha despertado, y que nos llevarán a distinguir entre dos variantes del post-desarrollo. Tras ello, nos centraremos en los puntos de esa crítica que no son fácilmente refutables, y que incluso los más radicales defensores del post-desarrollo parecen haber aceptado silenciosamente. Posteriormente, defenderemos el argumento de que, en sus últimas consecuencias, el pensamiento sobre el post-desarrollo supone en suma un giro post-estructuralista en el estudio de las relaciones

Norte-Sur. Por último, se señalan algunas perspectivas sobre el rumbo que esta discusión puede tomar.

1. En la cita que encabeza este trabajo queda clara la tarea que se proponen lograr los proponentes del post-desarrollo (vid. Sachs, 1992a, Escobar, 1995 y Rahnama, 1997a). Cabe preguntarse no obstante por qué proclamar que el “desarrollo” es un “monstruo” y que significa “post-desarrollo” por lo demás. En palabras de Rahnama (1997):

“El ‘desarrollo’ fue una ideología que nació y fue refinada en el Norte, con el propósito fundamental de servir a las necesidades de los poderosos, como herramienta ‘apropiada’ para su expansión económica y geopolítica... esa ideología ayudó a transformar un colonialismo obsoleto y moribundo en un instrumento, a veces atractivo, pero agresivo, para recuperar el terreno que comenzaba a perder... El mensaje oculto, aunque siempre claro, que todo proyecto de desarrollo ha transmitido a la gente es que sus formas tradicionales de vivir, pensar, y hacer las cosas, les habrían condenado a una condición sub-humana.” (Rahnama, 1997b: 397, 384).

Sin embargo, a comienzos de los noventa la era del “desarrollo” parece haber llegado a su fin. En palabras de Sachs (1992) “había llegado el momento de escribir su obituario”, y ello por cuatro razones: 1) Los imperativos ecológicos han desautorizado la pretensión de que los países industrializados puedan ser un modelo para el resto del mundo; 2) La idea del desarrollo fue una invención de la Guerra Fría y ya no se necesita; 3) El proyecto de transformar las áreas subdesarrolladas en desarrolladas no sólo ha fracasado, la brecha entre ambas se ha profundizado; 4) La occidentalización del mundo que constituía uno de los núcleos del proyecto del desarrollo ha sido crecientemente rechazada. En su lugar, la gente en los márgenes del sistema, desilusionada por su fracaso, estaría buscando alternativas al desarrollo, re-inventando el conocimiento, la economía y la política sobre las bases de su propia identidad cultural.

2. Esas hipótesis que acabamos de esbozar han recibido no obstante críticas frontales, que pueden resumirse en los siguientes puntos:

- El pensamiento del post-desarrollo parte de una visión acrítica de las comunidades locales y de las culturas tradicionales. Sus textos parecen ofrecer “el último refugio para los nobles salvajes” (Kiely, 1999), ofreciendo una visión a la vez idealizada y desesperanzadora de la

vida tradicional que proyecta imágenes románticas sobre la cruda realidad de esas “alternativas al desarrollo”.

- Por otro lado, el rechazo frontal de la modernidad y del desarrollo ignora numerosos aspectos positivos a los que van inevitablemente unidos: desde los derechos individuales a los logros de la moderna medicina en la reducción de la mortalidad infantil (Corbridge, 1998: 145).
- Quienes proponen el post-desarrollo, en su celebración de la diferencia cultural, y su rechazo del universalismo, acaban aceptando o desarrollando una complicidad con las formas de opresión legitimadas por esas nociones (Knippenberger y Schuurman, 1994: 95). La mutilación genital femenina sería uno entre múltiples ejemplos.
- Después de todo, el post-desarrollo no es sino otra visión de una sociedad mejor, basada en los valores y las prácticas entendidos de una manera anti-occidental, pero que sigue diciendo a la gente como debe vivir, lo que resulta tan autoritario como el propio desarrollo (Cowen y Shenton, 1996: 457 y 470).

Una mirada detenida sobre esas críticas es válida al menos para una parte del pensamiento sobre el post-desarrollo, pues puede afirmarse que dentro de este enfoque conviven dos discursos en conflicto entre sí: por un lado, una variante neo-populista que ha sido convenientemente criticada, que representan autores como Alvares y Rahnama, y en segundo lugar, una visión más escéptica, muy diferente de la anterior y que resiste esa crítica mucho mejor, y que puede encontrarse en la obra de Nandy y Marglin. Esta variante escéptica es bien consciente de las relaciones de poder dentro de las culturas tradicionales y en cada comunidad local. Reconoce a su vez los elementos emancipatorios de la modernidad y a menudo propone la noción de hibridación como práctica que mezcla elementos de la tradición indígena con otros de la modernidad occidental. Este enfoque mantiene un concepto constructivista de la cultura, lo que hace su relativismo menos peligroso puesto que define la cultura de acuerdo a lo que la gente realmente hace. Por último, esta perspectiva elude proponer fáciles modelos para las transformaciones sociales pues entiende que deben ser las comunidades, por sí mismas, las que decidan democráticamente hacia dónde quieren ir (ver Ziai, 2004).

3. Sin embargo, sucede también que la difusión que han alcanzado las críticas más severas al post-desarrollo ha impedido advertir que dos de las más significativas hipótesis de esta escuela de pensamiento son aceptadas usualmente, aunque de manera implícita, por sus críticos. Aunque afirmar el fracaso total del desarrollo del Sur como gran proyecto pueda parecer controvertido a la vista de las estadísticas de progreso elaboradas por los organismos de Naciones Unidas, en materias tales como la esperanza de vida o la mortalidad infantil

desde los años cincuenta, resulta muy discutible que, en las condiciones actuales del sistema global, el desarrollo armonioso de las comunidades locales pueda ser viable. Sin embargo, poca gente del mundo de la cooperación y el desarrollo pondría en duda que:

- El concepto tradicional de “desarrollo” es sin duda euro-céntrico. La idea de caracterizar la Europa Occidental y América del Norte como “desarrollados” y África, Asia o América Latina como “subdesarrollados” es una elaboración euro-céntrica en la que la sociedad propia es percibida como la que constituye el modelo ideal o normal, mientras las otras se perciben como desviaciones imperfectas de esa norma, o como versiones inferiores de aquella. Como si estuvieran siempre aplicados a un proceso de acercamiento a la norma, pero un proceso que nunca podrá culminar. El discurso del desarrollo ha evolucionado desde el discurso colonial, que constituye su predecesor directo en la medida en que ambos se empeñan en conceptualizar el Sur desde la perspectiva del Norte. Naturalmente no faltará quien señale que la vida en las sociedades industrializadas parece más fácil. En términos de recursos materiales, el estándar de vida de la mayoría de la gente en el primer grupo es seguramente superior al del segundo grupo. Sin embargo que ello suponga necesariamente una forma de vida superior es algo mucho más discutible. Esta premisa ignora además, como resultado de su nacionalismo metodológico, las relaciones económicas necesarias entre las sociedades acomodadas y las partes más pobres del mundo, y desprecia, más allá de la capacidad de comprar bienes materiales, otros muchos indicadores posibles para establecer lo que una “buena vida” o una “buena sociedad” puedan ser. Si definiéramos los crímenes violentos, el racismo, el suicidio, la alienación, la destrucción medioambiental, y tantos otros aspectos negativos, como indicadores de subdesarrollo, los países industrializados difícilmente estarían en la cima de la escala del desarrollo. Por el contrario, resulta igualmente cierto que podemos imaginar formas muy diversas de medir el desarrollo, entendido como cambio social positivo. De igual modo, el que la mayoría de la gente del Sur comparta los valores convencionales del desarrollo puede ser debatido entre los proponentes y los defensores del post-desarrollo, pero el carácter no universal de esos valores no debería serlo.
- El concepto tradicional de desarrollo tiene implicaciones autoritarias y tecnocráticas. Resulta claro que cualquiera –generalmente una persona experta– que pretenda definir lo que es el “desarrollo” y como puede alcanzarse se sitúa en una posición de poder, toda vez que ese desarrollo se presenta siempre como sinónimo de un cambio social positivo. Después de todo, eso era también lo que daba forma a la

noción de protectorado (Cowen y Sentón, 1996). El pensamiento sobre el post-desarrollo ha mostrado convincentemente que algunas de las medidas que se tomaron en el nombre del “desarrollo” tuvieron consecuencias nefastas para aquellas poblaciones a las que supuestamente iba a beneficiar. La violencia que tuvieron que sufrir estaba directamente relacionada con la pérdida de control acerca de si querían de verdad, o no, ese “desarrollo”, así como de decidir quién estaba en la posición discursiva para definir lo que habría de constituir el bien común, y qué o a quién había que sacrificar para lograrlo. El conocimiento sobre el “desarrollo” visto así es un conocimiento sobre las deficiencias de las formas de vida de los otros, sobre la necesidad de su transformación, el método para ello, y sobre la legitimidad última de toda esa operación. Frente al reconocimiento de la existencia de formas muy diversas de entender lo que constituye una buena sociedad, la adopción de una definición universal presume claramente una posición de poder.

Menos obvias resultan sin embargo las consecuencias que el rechazo de las implicaciones autoritarias del concepto de “desarrollo” pueda tener. Esto es algo que preocupa a quienes ven la modernidad como una aberración o un desvío del sendero natural de la historia, y predicán el retorno a las comunidades de subsistencia. Cualquier posición que descansa explícitamente en estándares universales para clasificar y evaluar a las diversas sociedades subordina de hecho las incontables percepciones y valores de su sociedad y muy especialmente de otras sociedades. Esa posición resulta extremadamente peligrosa cuando se relaciona con el poder político para transformar las sociedades de acuerdo a esos valores supuestamente universales. Ese es precisamente el problema que suscita cualquier tecnología social o reforma tecnocrática que pretende reorganizar las sociedades de acuerdo a cualquier pretensión racional adoptada desde arriba, por muy bien intencionada y llena de sentido que pueda parecer. No en vano, incluso cuando se pretende actuar en nombre de un cierto comunismo, puede ser que ni siquiera después de todo se tenga esa buena intención. Aquí de nuevo habrá quien pueda señalar, con argumentos bastante convincentes, que la reorganización racional de la sociedad es deseable y que quizás se justifique realizar algunos sacrificios para que la mayoría pueda mejorar su nivel de vida. El problema es que una vez planteado el debate sobre esta cuestión por el post-desarrollo, la cuestión de esa reorganización, incluso cuando se pretende a su manera, no puede darse por resuelta sin más. Por ello, la mera reiteración de la crítica a las grandes narrativas del progreso y del cambio social resulta cada vez menos convincente.

Estas dos hipótesis del post-desarrollo que acabamos de analizar, esto es, su carácter euro-céntrico y sus implicaciones tecnocráticas y autoritarias, no han

sido contestadas ni siquiera por sus críticos más afilados. Aquellos que quieren “masacrar el monstruo del desarrollo” han dado algunos golpes que pueden ser fatales en el largo plazo.

4. Otro cuestionamiento que no ha sido hasta ahora mencionado es aquél que critica la supuesta consistencia teórica –basada generalmente en el análisis del discurso y el post-estructuralismo inspirado en Foucault– atribuida al post-desarrollo, y que, al parecer de sus críticos, resultaría poco convincente. Tales bases conceptuales tienen una gran similitud con la crítica tradicional de la ideología y el estructuralismo lingüístico, y su método más habitual consiste a menudo en sugerir que “allá donde el desarrollo pretende ser algo bueno, en realidad es algo malo”, aplicarlo a lo que el desarrollo resulta ser, y en consecuencia, rechazarlo. De este modo, el concepto de “desarrollo” con sus promesas de prosperidad universal es identificado con un “espejismo decepcionante” (Rahnama, 1997c: X) o con un “mito fatal” (Esteve, 1991: 76). Como ha señalado acertadamente Crush, respecto a un importante representante del post-desarrollo: “en su afán por expulsar los conceptos erróneos, Sachs sugiere implícitamente que es posible llegar a una definición inequívoca de los mismos” (Crush, 1995: 3). Por su parte, Pieterse añade al respecto: “parecería que esa suerte de esencialización del concepto de desarrollo es necesaria para llegar al repudio radical del mismo... sin ese pathos anti-desarrollo el pensamiento del post-desarrollo parece perder su fundamento” (Pieterse, 2001: 106).

Aunque es perfectamente posible mantener el grueso de la crítica al desarrollo, e incluso aceptar una visión mucho más matizada del conjunto de prácticas que se despliegan en el nombre del desarrollo, lo cierto es que las críticas que acabamos de señalar siguen siendo válidas: rechazar de pleno el desarrollo presupone partir de una definición absolutamente precisa de lo que el desarrollo pueda ser. Esto desde luego es un punto de partida muy discutible para una perspectiva que se proclama post-estructuralista. Tanto el estructuralismo como el post-estructuralismo comparten que los signos lingüísticos se componen de signifiante (p.ej. la palabra “gato”), y significado (el animal que caza furiosamente ratones y produce ocasionalmente maullidos), que la relación entre ambos es generalmente arbitraria, y que el sentido es el resultado de la relación diferencial entre signifiante (p.ej. “gato”, frente a “pato” o “rato”). Sin embargo, el estructuralismo asume que las lenguas son sistemas estables en los que a cada signifiante corresponde generalmente un cierto significado. El post-estructuralismo, por el contrario, afirma que la relación entre signifiante y significado no es en modo alguno estable, sino que tiene que ser continuamente recreada, y que además hay innumerables variaciones del significado según los diversos contextos.

Pero sería demasiado simple dar por acabada la cuestión aquí, pues el pensamiento del post-desarrollo ha señalado, en línea con el post-estructuralismo, que el significante “desarrollo” ha sido usado con denotaciones muy diferentes a lo largo de su historia conceptual: proyectos de infraestructura perjudiciales para el medio ambiente y políticas medioambientales para reparar el perjuicio ocasionado, políticas de ajuste estructural que profundizaron la desigualdad y políticas sociales que quieren paliar sus efectos, y así tantas otras cosas. Hemos tenido desarrollo económico, integrado, sostenible, participativo, endógeno y desarrollo humano. Esteva ha denunciado esa “inflación conceptual” (Esteva, 1992: 12), y Sachs ha señalado que “el sentido del desarrollo ha acabado por explotar, cubriendo una plétora cada vez más amplia de prácticas contradictorias... se ha llegado a un caos semántico total... el desarrollo se ha transformado en una especie de ameba amorfa. No puede contener nada porque sus contornos están demasiado difusos” (Sachs, 1999: 7).

El problema es obvio: si el desarrollo puede ser constantemente redefinido de manera arbitraria, ¿cómo pueden estar tan seguros quienes defienden el post-desarrollo de que cualquiera que sea su contenido este debe ser rechazado? La respuesta aquí suele ser doble. En primer lugar, sugieren que el concepto estaría invariablemente instrumentalizado por una suerte de “campana política” (Esteva, 1992:6): “Aquellos que pronuncian la palabra en cuestión no parecen decir nada más allá de proclamar sus buenas intenciones. De este modo, el desarrollo acaba careciendo de contenido pero no por ello pierde sus funciones: cualquier intervención que proclame una aspiración de mejora quedará así bendecida” (Sachs, 1999: 7).

En segundo lugar, desde el post-desarrollo se sugiere que quienes utilizan la palabra no pueden librarse de toda esa red de significados, que llevaría a la ceguera y la ofuscación de su lenguaje, pensamiento y acción. Más allá del contexto en que se utilice, o de las connotaciones que quiera darle cada persona, la expresión queda encorsetada e impregnada de significados no deseados. La noción de desarrollo, nos recuerda Esteva (1992: 9-10), siempre quiere implicar un cambio favorable, un paso desde lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, de lo peor a lo mejor. La palabra desarrollo indica que se estarían haciendo las cosas bien, que se avanza en el camino de lo necesario, ineludible, universal, hacia un objetivo deseable... “la metáfora del desarrollo otorga así hegemonía global a una genealogía de la historia puramente occidental, arrebatando a otros pueblos y culturas la oportunidad de definir sus propias formas de vida social... el énfasis en el crecimiento económico –establecido por los planificadores que dieron forma al famoso proyecto de desarrollo anunciado por Truman– es la expresión última de su propia esencia” (Esteva, 1992: 17). “Sin embargo, cuando se aplica, la idea de desarrollo

siempre implica que hay campeones que muestran el camino a los rezagados. Bastaría con seguir la planificación adecuada. Incluso cuando el crecimiento económico no se produce, quienes hablan de desarrollo siguen teniendo argumentos, invocando la universalidad, el progreso, las oportunidades abiertas... el desarrollo siempre puede mirar otros mundos y señalar sus carencias” (Sachs, 1999: 7).

En todo caso, existe una cierta tensión entre el planteamiento teórico de que el desarrollo es discurso siempre en proceso de readaptación constante, y que toma una y otra vez formas muy diferentes, y la idea de que el desarrollo tendría en el fondo unas características inmutables. No se puede afirmar a la vez la maleabilidad del desarrollo y que el desarrollo tenga una esencia.

Para clarificar esta cuestión, debemos distinguir diferentes pretensiones. No sólo tenemos que diferenciar entre el desarrollo como concepto y el desarrollo como práctica, sino también, respecto de éste último, la noción de desarrollo como proceso natural y desarrollo como política intencionada. E incluso esa intención misma, en sus dimensiones históricas, concretas y meramente abstractas. Respecto al desarrollo como concepto, comprendemos fácilmente sus raíces en el evolucionismo decimonónico, que por un lado entiende como natural el desarrollo del capitalismo a lo largo de la historia, pero a la vez aspira al desarrollo intencional del mismo en algunas áreas del planeta. En sus dimensiones concretas, el concepto de desarrollo, que evolucionó como sucesor del discurso colonial en cuanto conceptualización de las relaciones Norte-Sur, señalaba a Europa Occidental y América del Norte como modelos ideales de desarrollo, enfatizando la necesidad de fomentar el crecimiento económico, la modernización y la industrialización. En cuanto abstracción, el desarrollo estaba basado en la presunción de que hay un proceso general de cambio que todas las sociedades habrían de experimentar tarde o temprano, y que ese proceso es además deseable, con independencia de las diferencias culturales que puedan existir.

Aunque en el plano conceptual puedan imaginarse otras formas de aplicación en las relaciones Norte-Sur en la era postcolonial, lo cierto es que en su práctica, no obstante, el proyecto del desarrollo estuvo vinculado históricamente a su función política durante de la Guerra Fría, y a las intervenciones en ese contexto desplegadas por los expertos. Desde una posición post-estructuralista, podemos concebir que a través de los constantes cambios discursivos y del surgimiento de nuevas prácticas, así como de una nueva conciencia ecológica, las sociedades occidentales puedan llegar a dejar de ser el modelo a seguir. Pero seguro que puede surgir un nuevo modelo o estándar universal que se pretenda válido tanto para las sociedades que pasan por ser desarrolladas

como para las que se dirían subdesarrolladas, que de nuevo ignorará las diferencias culturales, y las nociones heterogéneas de lo que pueda ser una buena sociedad.

En todo caso, esa posición parece subestimar la capacidad de persistencia de las realidades discursivas, y de las relaciones entre significante y significado. Lo cierto es que por más que podamos redefinir de manera radical el desarrollo, por ejemplo, como una relación armoniosa con la naturaleza y una forma de cooperación social entre iguales, no basta simplemente con cambiar el discurso. La red de significados preexistente seguirá presente en el pensamiento, el habla, y la escritura de todos los demás. Parece claro que al contemplar el desarrollo hay algunas premisas ligadas al concepto mismo que resulta prácticamente imposible cambiar, incluso discursivamente –tal es el caso, por ejemplo, de la idea de que las diversas sociedades son comparables en términos de su menor o mayor desarrollo–.

Sin embargo, algunas de esas mismas premisas parecen transformables, aunque no sin dificultades, en su práctica concreta. Por ejemplo, revisar la caracterización de los países industrializados como necesariamente más desarrollados, cuestionar la centralidad del crecimiento económico como elemento central del desarrollo, o repensar la noción de que el desarrollo habrá de surgir de las intervenciones planificadoras de los expertos.

En este sentido, hay que subrayar que durante las últimas décadas se ha producido una transformación muy notable del discurso del desarrollo que parece tener el potencial, incluso, de modificar sus propios fundamentos. Elementos de esa transformación, incluso en el contexto de la irrupción del neoliberalismo en el campo del desarrollo, pueden encontrarse, por ejemplo, en la integración de manera benigna de nociones tales como participación y sostenibilidad. A la luz de esos cambios, la posición post-desarrollista debería ser muy cuidadosa al delinear qué significa exactamente el desarrollo: el desarrollo como concepto euro-céntrico concreto –aunque dejando espacio para un universalismo alternativo–, o un concepto abstracto en general, que abraza el relativismo cultural. Desarrollo como proceso natural o como política específica. Desarrollo como el agregado de las intervenciones concretas de los expertos occidentales, o como resultado de una intervención planeada... La confusión entre todas esas nociones no facilita desde luego el debate o la reflexión crítica sobre el desarrollo o el post-desarrollo. Quien se sitúe en una posición post-estructuralista, debe tener presente que las definiciones de desarrollo, las relaciones entre significante y significado, jamás pueden pretender validez universal o natural. Debe reconocer el carácter contingente, y en consecuencia político, de esas relaciones y la necesidad de pensar su justificación. Desde esa

perspectiva, el debate teórico sobre estos temas puede abrir perspectivas muy prometedoras.

5. No cabe duda que la crítica de corte post-estructuralista introducida por las aportaciones del post-desarrollo ha mostrado un importante potencial de innovación en el plano teórico. Más interesante resulta sin embargo preguntarse sobre su potencial de transformación en la práctica: ¿Puede la práctica del desarrollo, sus políticas y proyectos, reformarse siguiendo los ideales del post-desarrollo o esa es una esperanza en vano? Por lo que respecta a los profesionales del desarrollo: ¿Pueden evitar las implicaciones euro-céntricas y autoritarias del concepto o las estructuras institucionales y discursivas del sistema del desarrollo se revelarán más fuertes? ¿Existen, en suma, alternativas al desarrollo? ¿En qué medida las luchas de los movimientos sociales y las prácticas de las comunidades pueden ser su expresión? Esas iniciativas, ¿están acaso orientadas hacia el desarrollo entendido en su sentido tradicional, o por el contrario, se sitúan contra el mismo?

Por último, cabe preguntarse también por las nuevas formas híbridas de subjetividad, los modos en que pueda surgir una nueva forma de cooperación social, con aspiraciones y conocimientos muy diversos en presencia, así como sobre las relaciones de poder que en ese nuevo escenario puedan operar. Este número ofrece respuestas interesantes a todas estas importantes preguntas –otras pueden encontrarse en Ziai (2007)-. Todas esas contribuciones prometen en definitiva llevar el debate sobre el post-desarrollo más allá de la crítica que hasta ahora se ha podido escuchar.

Bibliografía

- CORBRIDGE, S. (1998): “‘Beneath the Pavement only Soil’: The Poverty of Post-Development”, *Journal of Development Studies* 34 (6), 138-148.
- COWEN, M.P. AND SHENTON, R. W. (1996): *Doctrines of Development*, Londres: Routledge.
- CRUSH, J. (ed.) (1995): *Power of Development*, Londres: Routledge.
- ESCOBAR, A. (1995): *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- ESCOBAR, A. (2000): “Beyond the Search for a Paradigm: Post-Development and beyond”, *Development*, 43 (4), 11-14.
- ESTEVA, G. (1991): “Preventing Green Redevelopment”, *Development*, 1991, No. 2, 74-78.
- ESTEVA, G. (1992): “Development”, en: SACHS, W. (ed.) *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*. Londres: Zed Books, 6-25.

- KIELY, R. (1999): "The Last Refuge of the Noble Savage? A critical assessment of Post-Development Theory", *The European Journal of Development Research* 11 (1), 30-55.
- KNIPPENBERG, L. AND SCHUURMANN, F. (1994): "Blinded by Rainbows: Anti-modernist and modernist deconstructions of development", en SCHUURMAN, F. (ed.) (1994): *Current Issues in Development Studies. Global aspects of agency and structure*, Nimegen Studies in Development and social change Vol. 21, Saarbruecken: Verlag fuer Entwicklungspolitik Breitenbach, 90-106.
- PIETERSE, J.N. (2001): *Development Theory: Deconstructions/Reconstructions*. Londres: Sage.
- RAHNEMA, M. (1997c): "Introduction", en RAHNEMA, M. & BAWTREE, V. (ed) (1997a): *The Post-Development Reader*, Londres, Zed Book, pp. ix-xix.
- RAHNEMA, M. (1997b): "Towards Post-Development: Searching for Signposts, a New Language and New Paradigms", en RAHNEMA, M. & BAWTREE, V. (ed) (1997) *The Post-Development Reader*, Londres, Zed Books, pp. 377-403.
- RAHNEMA, M. & BAWTREE, V. (ed) (1997a): *The Post-Development Reader*, Londres, Zed Books.
- SACHS, W. (ed.) (1992a): *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*, Londres: Zed Books.
- SACHS, W. (1992b): "Introduction" en SACHS, W. (ed.) (1992a) *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*, Londres: Zed Books, pp. 1-5.
- SACHS, W. (1999): *Planet Dialectics. Explorations in Environment and Development*. Londres: Zed Books.
- ZIAI, A. (2004): "The ambivalence of post-development", *Third World Quarterly* 25 (6), 1045-1060.
- ZIAI, A. (2007) (ed.): *Exploring Post-Development. Theory and Practice, Problems and Perspectives*. Londres: Routledge.